

César lo hizo su amigo, primeramente rogándole que mediase entre él y Pompeyo y que con sus consejos, con su crédito y autoridad roconquistase la paz. Obraba Ciceron contento con esta importancia; pero de pronto sabe que César se ve apurado en España y se pone de parte de Pompeyo. Satisfecha quedaba la mezquina vanidad de este último, viéndose á la cabeza de la flor de la ciudad y de los hombres sensatos de antigua virtud; pero el que manda un ejército de nobles temerarios tiene con ello una difícil tarea. Llenos de vanidad de unos nombres históricos que son para sus hombros un peso excesivo, cargados de pretensiones, jactanciosos, presuntuosos, impotentes, ávidos de venganza y pródigos de amenazas, quieren disputar el mando y pretenden obediencia del jefe que solo funda en ellos toda su fuerza. Pompeyo se hallaba muy mal con ellos y Ciceron no podía tolerar á aquella juventud que no lo dejaba hablar, aconsejar ni arengar, por lo que, despechado, no tuvo para ellos mas que epigramas, con los cuales se atrajo su animadversión.

Demasiado conocidos son los sucesos que se siguieron. Despues de la batalla de Farsalia, Ciceron lo vió todo perdido y trató de persuadir á deponer y no á arrojar las armas, que él realmente arrojó y pasó á Italia recomendándose á César. Muy astuto este para temerlo lo acarició, aceptó sus recomendaciones y agradecióle sus panegíricos (1), bien persuadido en el fondo de que lo aborrecía con toda su alma.

Entre esta turba que se movía á impulso de la fortuna y las pasiones, fuerte como el dios Término, permanecía Cayo Porcio Caton, ideal de las antiguas virtudes romanas. No comprendía claramente cuál de los dos partidos beligerantes tenía razon; pero sentíase, sí, exento de ambicion y deseoso de justicia, difícil de conciliar con el egoísmo y con las pretensiones rivales. Niño todavía, habia pedido una espada para matar á Sila; hombre ya, alimenta igual desconfianza con respecto á César y Pompeyo, y sufrió las burlas de Ciceron, que hallaba fácil arrojarlas contra el hombre persuadido y utopista; pero habiendo estallado la guerra civil, vistió luto, dejó de llevar corona, no se cortó las barbas ni el pelo, no haciendo mas que gemir aun despues que hubo quedado vencedora la faccion que habia elegido, y que sin embargo no era la suya; pero cuando la vió sucumbir, se suicidó.

Todo el honor de este mártir se lo apropió la causa que habia sucumbido, y lo deificó cual símbolo de su odio contra César (2). Fruto de aquel odio fué una conspiracion en que tomaron parte los principales de Roma; pero á tal punto se hallaba entonces Ciceron decaído

(1) Lo digo sin aceptar la oracion *pro Marco Marcello*, muy poco digna de su ingenio, y que, no obstante, quieren muchos conservar.

(2) *Causa Diis victrix placuit, sed victa Catoni.* LUCANO.

de la opinion que los conjurados ni tan solo le participaron su proyecto. Sabian que en los grandes hechos se quiere una accion resuelta y no sonoras palabras.

La habilidad de los conspiradores consiste en poner sus maquinaciones tiránicas al amparo del autorizado nombre de Bruto. Ático que, entre las convulsiones políticas, sabia hallar tiempo para ocuparse en la genealogía, habia lisonjeado á Marco Junio Bruto atribuyéndole por cabeza de su estirpe á un pretendido hijo tercero del fundador de la República, cuyos hermanos habian muerto sin herederos bajo el hacha del lictor. Servilia, madre de Bruto, procedía de la famosa casa Ahala (ó Axilla), cuyo puñal detuvo la ambición de Espurio Melio; pero sin dejar de heredar el fanatismo de su pretendido ascendiente, el Bruto de la República espirante aceptó la usurpacion de César con ménos trabajo, en apariencia, que cualquier otro partidario de Pompeyo; en los días de la desgracia desesperó; fué el último á reunirse y el primero en abandonar el estandarte republicano; despues de Farsalia, fué tambien el primero que buscó un asilo en el campo del vencedor; el primero que en la ciudad solicitó la amistad y confianza del dictador; empleó todo su celo en defender sus propios intereses aceptando funciones importantes y ni se avergonzó de gobernar la Galia Cisalpina, mientras que todavía sostenía su tío á Utica contra César. Un débil elogio de este sabio, al cual abandonaba, afectando adoptar sus máximas y copiar su carácter, fué cuanto pagó á tan noble pariente. Porcia, hija del filósofo, y con la cual casó despues del divorcio de Claudia, tenía un carácter mucho mas varonil que él; pero aquella fuerza y virtud que debía poseer por sus parientes y por la tradicion, la fortuna se lo habia negado á Bruto. Hacía profesion de amar el estudio y no pudo resolverse á abandonar, por la calma de la filosofía, las furibundas agitaciones de una era revolucionaria: consumíale la sed de ganancias; halagábanlo los vencedores y lo cortejaban los vencidos, mas grande hoy que ayer, creía caminar con segura planta por la senda de los honores. Con Bruto, revolucionario por circunstancias, sofista por carácter, la conjuracion nunca hubiera nacido. Su debilidad es la única disculpa de su delito; pero la muerte de todos los jefes notables le habia dejado una importancia que no merecía en su partido. Parecía iluminado por un rayo de la gloria de su tío; se le atribuan los sentimientos políticos de este: el nombre de Bruto lo colocó en el primer puesto de la oposicion, apenas se empezó á hablar de Monarquía. El pueblo romano, poco moralista y genealogista, tenía una tradicion de cuatrocientos cincuenta años de horror, horror arraigado aunque no razonable, contra el título de rey, y de ciega admiracion por el nombre de su primer cónsul.

La debilidad del carácter de Bruto aparece

por los estímulos que se usaron con él. Para arrojar de su base aquella naturaleza de filósofo, bastó escribir debajo de la estatua del antiguo Bruto: ¡Ah! ¿por qué no vives? ó mandarle un billete con estas palabras: Bruto, ¿duermes? ó bien, *tú no eres Bruto*. Había ya halagado su vanidad un cumplido que se atribuía á César y que en seguida fué contado al nieto de Caton: *Bruto no espera mas que este cadáver*; con lo que se daba á entender que César, entre todos los Romanos, solo creía á Bruto digno de sucederle. Casio, cuñado de Bruto, é íntimo amigo suyo, seguía con grande atencion el efecto de semejantes excitaciones sobre su ambicion y lo condujo paso á paso al punto preciso, donde sin miedo podia confiarle su proyecto. Rodeado así, y empujado por los conspiradores, aceptó Bruto en sus consejos el primer puesto que parecían ofrecerle; su gran nombre formó su poder.

Cayó César atravesado; *empresa de niños ejecutada con un valor de héroes*. Estas palabras son de Ciceron que, lo mismo que en todo lo demas, varió de juicio acerca de aquel asesinato.

Esta *jornada de marzo* debía ser juzgada de diferentes modos, en tanto que viviesen aquellos que la habian presenciado; pero desde que Augusto hubo acostumbrado á Roma á la Monarquía y al emperador, se abandonaron todos los límites y todas las formas de una constitucion aristocrática, y el asesinato del fundador de aquel estado de cosas parece que debería haber sido condenado como inútil si no como maldad; pero por otra parte los emperadores se convirtieron en tiranos y parecía mérito el haber matado al que les habia explanado el camino. Cuando era delito de lesa majestad todo pensamiento contra, y aun sobre la vida del emperador, las alabanzas se dirigian á Bruto y los suyos, y la retórica, costumbre y daño de los Romanos, los ensalzaba; todo maestro de escuela, todo versificador trataba aquel asunto, y los emperadores los dejaban hacer. La filosofía estóica, tan eficaz en la época imperial, miraba como lícito y aun virtuoso el suicidio y honroso el regicidio. El aplauso concedido á los matadores de monstruos como Calígula y Domiciano, redundaba en favor del asesino del primer César, así que llegó á ser moda el alabar aquel heroísmo que adoptó la edad média y aun mas las modernas, y lo que es raro, pero no singular, los historiadores y declamadores que pretenden pasar por liberales, aplaudieron abiertamente al que mató al mayor liberal de la antigua Roma.

El teatro tuvo mucha parte en este juicio, porque se acomoda muy bien con el drama el torcer la verdad histórica, mostrando aquel delito como aconsejado por la justicia ó la necesidad; así que Voltaire y Alfieri divinizan al regicida, no ménos que Shakspeare, el cual hace profetizar á Casio que, andando los siglos, cuando su obra y la de Bruto sean representa-

das en la escena « por pueblos que aun no han nacido y en lenguas todavía ignoradas, serán aclamados siempre como hombres que dieron la libertad á su país. »

No se crea por esto que fuese vulgar el juicio comun. Séneca, estóico y declamador, tratando un asunto muy diferente, deja escapar este notable juicio: « Julio fué muerto ménos por sus enemigos que por amigos cuyas insaciables esperanzas no habia satisfecho. Nadie usó jamas de un modo mas liberal de la victoria, » no quedándose mas que con la potestad de distribuirla; pero ¿cómo bastar á tantos improbos apetitos cuando cada uno deseaba para sí todo cuanto él podia dar? Vió, pues, » al rededor de su trono los puñales de sus camaradas, Cimbrío Julio, poco ántes su ardentísimo partidario, y otros que se hicieron pompeyanos cuando Pompeyo ya no existía. » En la edad média, Dante colocó á Bruto con Casio « en el mas profundo y tenebroso centro de los abismos » juntos con Júdas. Gibbon esparció graves dudas sobre la virtud de Bruto; es verdad que este siempre duda de la virtud, aunque sea la mas pura. Drummond, en la *Vida de César*, presenta desnuda la trama de la conspiracion, con lo cual está muy lejos de admirla. Los mas serios de entre los recientes narradores dejan para los niños y retóricos aquellas virtudes de aparato.

En cuanto á Ciceron, habia al principio alabado á César, y dijo en el Senado que sería insensato aquel que no viese que la salud de todos estaba en la vida de este, al propio tiempo que en sus cartas familiares manifestaba aborrecerlo y elevaba al cielo al suicida Caton. Pero muy pronto aclamó con un gran golpe la muerte de César y se quejó de que no le hubiesen llamado á formar parte de la conspiracion; en el tratado de los *Deberes* ponía entre los primeros aquel para con la patria, ante el cual debían sacrificarse todos los demas; sin embargo, tardó poco en verse disgustado por los tiranidas, viendo que otros ambiciosos ocuparían el lugar de César sin tener los méritos de este.

Efectivamente, los vengadores de César tuvieron en el favor del pueblo un pretexto para elevarse á sí propios. Cuando Ciceron vió crecer la importancia de Antonio, se retiró de los negocios públicos casi desesperado y dió nuevo temple, en el estudio, á su alma, que los desengaños habian ya mejorado. Pero para aquel vanidoso, la dignidad del silencio era desconocida, y apenas le hizo Octavio proposiciones, las aceptó con suma indignacion de Bruto, que exclamaba: *Para tener quien lo alabe y le haga cortesias, acepta cualquiera esclavitud.*

Cuando Bruto y Casio daban por tan perdida su causa que se mataron, ¿quién debía conservar la fe? ¿á quién podía bastar el valor de obstinarse en servir la virtud, aun despues de reconocido que era un sueño? Quiero decir que la antigua libertad romana no podía ya parecer posible al que raciocinase, de modo que no



quedaba otro partido que acercarse al tirano ménos malvado. Tal parecía Octavio, que acogió bien al insigne orador, sintiendo la necesidad de adquirir crédito para su propia facción; pero, una vez asegurada, lo sacrificó al antiguo rencor de Antonio. Ciceron huyó, mas alcanzado por los satélites del triunviro, se dejó matar con el valor que fué la última y la ménos rara virtud de los romanos (43 á. C.).

Las dotes y defectos de Ciceron hombre aparecen siempre en Ciceron escritor y filósofo, bajo cuyos aspectos es importantísimo estudiarlo como representante de la mas elevada cultura de Roma.

Aun cuando la correspondencia familiar de Ciceron sea quizá un poco oscura por sus alusiones ó por su prudencia, causa, no obstante, admiración la singular versalidad de su ingenio, la latitud de sus conocimientos, la doctrina presentada bajo las formas mas graciosas é ingenuas, un raudal inagotable de imaginación y una elegancia de expresiones muy diferente de la florida afectación que en él prevaleció mas tarde. Si consideramos despues sus epístolas como el espejo de los sentimientos y opiniones del escritor y como reproductoras perpétuas de muchas de aquellas imperceptibles gradaciones de carácter que el historiador no puede representar en su narración general, del mismo modo que el pintor no puede representar sobre el lienzo las luces y las sombras que atraviesan un paisaje, no es dable decir hasta qué punto son útiles al hombre estudioso. Aquellas cartas, cuya mayor parte son contestación á otras de César, Pompeyo, Antonio, Bruto, Casio, Trebonio, Sulpicio, Polion y muchos de los principales de aquel memorabilísimo período, forman una serie de documentos auténticos, á los cuales ningun otro de la historia antigua y pocos de la moderna, pueden igualar. Por su medio nos familiarizamos con los guerreros y con los estadistas, de quienes hablan, tanto en la vida pública como en la privada. Los escritores no rodeados ya de pompa épica deponen aquel fabuloso heroísmo, y se nos presentan con todas las ordinarias pasiones y locuras de la humanidad, y las tumultuosas escenas representadas en las provincias ó en las calles de la imperial Roma, mientras que estuvo en su apogeo, resucitan como por encanto.

La vida libre, que era la educación de los Romanos, los hacía propender á la historia y á la elocuencia, únicas palestras en las cuales se elevaron á porfía con los Griegos, de quienes habian deducido la materia y forma de su propia vida; pero su historia, excepto tan solo los *Comentarios* de César, no poseyó la calma que forma la grandeza de la griega, ántes bien traspira las pasiones políticas y se inclina mas á un juicio moral personal que á una valoración histórica. El campo universal era la elocuencia, y de aquí proviene el aire de declamación que domina en todas sus creaciones. Virgilio, pa-negirista de todo lo que es romano, concede

fácilmente la inferioridad de su nación en literatura y en bellas artes, arrogándole tan solo la gloria de vencer y gobernar bien.

La estimación en que tenian los Romanos á los Griegos, y su desprecio por la antigua cultura itálica, hicieron que buscasen de los Griegos los sistemas de filosofía bellos y perfeccionados ya, y que descuidasen los frutos de la antigua sabiduría italiana. Pero aquel que renuncia á su propia libertad adoptando ajenas opiniones, se reserva escoger entre ellas; así que la filosofía latina se conservó ecléctica, vacilando entre Platon y Aristóteles y las diferentes escuelas que de ellos derivaron. Los austeros se atenian á los estoicos que inspiraban el orgullo de la personalidad y la estrecha obligación de cumplir con los deberes, costase lo que costase; en contraposición de estos venian los epicúreos, cuya teoría fué presentada por Lucrecio y practicada por muchos aun de entre los hombres ilustres, que se proporcionaban una defensa contra los males políticos, negando otra existencia fuera de la tierra y procurando evitar en esta todo lo posible los sufrimientos con la moderación.

Pero realmente, ya la filosofía de Epicuro regulaba las costumbres de los Romanos, y con el lujo griego se habia introducido una corrupción desconocida de los pasados. Debía ser esta favorecida por la existencia de una clase entera destinada á la infamia y á la voluptuosidad, de modo que, verdaderamente, no podía existir moralidad donde los derechos y deberes no obligaban para con los esclavos. Las relaciones con el sexo débil fueron de mal en peor; el matrimonio, que al principio se habia respetado, se contaminó impudicamente; los amores masculinos que al principio no se usaron mas que sobre los esclavos, se hicieron generales, y el frecuentar á las cortesanas no causaba vergüenza.

Ciceron nos ofreceria muchos rasgos para pintar la corrupción romana, pues que él mismo, hombre austero y magistrado, nos cuenta ligeramente una noche de extravío en una casa de cortesanas; nótese despues su conducta para con su esposa y su hija. Pero el tipo del elegante epicurismo era Horacio, aquel poeta al cual todos prefieren, porque sabe, mas que todos, unir pensamientos, sentimientos é imágenes; porque componiendo para la inmortalidad sobre sucesos diarios, habla siempre de sí mismo y de los suyos de modo tal que de lleno nos introduce en la vida de estos ilustres antiguos. Este *cerdo*, pues, *del rebaño de Epicuro*, como él mismo se titula, también se sintió lleno de entusiasmo por Bruto, en Atenas, como otros jóvenes que con él estudiaban, quizá para consuelo de Ciceron; pero cuando vió sucumbir su propia causa, no se mató como Bruto, sino que arrojó el escudo y huyó, y vuelto á Italia se vengó con la sátira acerba, como de pobre, del desprecio que los vencedores prodigan siempre al partido vencido. Adquirió re-

nombre de animoso, hasta que su mérito literario lo hubo acercado á los vencedores, con los cuales se familiarizó y á quienes aduló. En él, mejor que en Ovidio, puede descubrirse hasta qué punto llegaba la depravación, porque los Romanos, grandes en todas sus obras, hasta en el epicurismo, debían llevar al extremo y llegar á ser inmensa su corrupción como su imperio; pero no era esto efecto de doctrinas, ni tampoco desplegaron ningun sistema nuevo, por manera que los escritos de sus filósofos fueron conservados como obras literarias y sirvieron para transmitir las opiniones de sus maestros. El mayor de ellos es realmente Ciceron, no filósofo, pero sí colector de las opiniones ajenas.

No era su intención filosofar, sino que cuando los asuntos lo disgustaban, ó le menguaba el aura popular, se retiraba á meditar. Si su quinta del Palatino habia sido elegida á fin que el hombre que la habitase estuviese siempre presente á la memoria de sus conciudadanos, la de Túsculo era el asilo donde iba con mas gusto á buscar soledad y estudio. Allí, pues, aunque lejano de Roma cuanto bastaba para ocultarse á las miradas, las ventanas se abrían ante el espectáculo de su ciudad predilecta, la cual no podía por mucho tiempo dejar de ver. Desde lo alto de la colina donde estaba situada, Ciceron tenia delante de sí un cuadro vasto y variado, rico de memorias históricas cuanto de bellezas naturales. La llanura que tenia á sus piés habia sido el campo de batalla de los reyes de Roma y de la República naciente; por todos lados se veían marmóreos sepulcros de los patricios y de los hombres consulares; las largas líneas trazadas sobre el suelo eran las vias militares, pisadas por los ejércitos que habian llevado las águilas hasta entre los Partos y los Árabes; á la derecha prados, bosques, riachuelos, y encima de la primera azotea, las blancas torres de Esulo, de Preneste y de Tivoli, graciosa guirnalda suspendida en las faldas de las montañas sabinas; á la derecha, Alba cobijada en su acurrucada cuna de verdura, el elevado monumento de Júpiter Lacial, las encinas de Aricia, los pinos de Laurento, y en fin, el mar, cubierto de naves de todas naciones, dirigiendo su rumbo á Ostia. Enfrente podía contemplar á la ciudad eterna, la reina del mundo, cuyos techos, dorados por un sol glorioso, tenían por dosel el cielo de Italia. La antigua ciudad no presentaba entonces las torres y cúpulas de la moderna; pero las siete colinas, separadas por muros, se distinguían mejor entre sí, y las estatuas de los dioses sobre columnas que adornaban las cumbres de los templos, parecían un ejército de seres inmortales, prontos á defender sus sagradas moradas. Desde el lago Regilo hasta las puertas de Túsculo, veíanse las quintas de las familias mas nobles, de modo que el mismo Ciceron cita las de los Balbos, de los Brutos, de los Cátulos, de los Metelos, de los Gabinius, de los Lúculos, de los Léntulos, de

los Varrones, de los Pompeyos y de los Césares. Desde su retiro el orador penetraba en el centro de sus mas caros intereses; se veía rodeado por las habitaciones de sus amigos ó émulo. Allí, despues que su fortuna hubo declinado, compuso algunos de los tratados mas oscuros de su filosofía, pero aun aquellas mismas composiciones dejan traslucir su amor á las costumbres de la ciudad y los hábitos de su vida política; los interlocutores de sus diálogos son personajes que habia dejado en el Senado, nobles amigos, á los cuales podia encontrar en el campo, y si el texto no es siempre los negocios del momento, el lector es conducido á ellos por frecuentes alusiones (1).

De hecho, sus obras llevan todas el sello del carácter general de los Romanos, la inclinación á la práctica, á tal punto que en el *Hortensio* cree deber excusarse si se aplica á la filosofía, alegando que aquella es la instructora de la vida y el único consuelo verdadero en los males. A este objeto no era necesaria aquella serie lógica y compacta que se requiere en los sistemas, bastando coger alguna verdad acá y acullá, deteniéndose por lo demas en las opiniones probables que eran profesadas por la Academia Nueva. Propenso á Platon, no repudia á Aristóteles ni á los estoicos; é ingenioso y erudito, pero ni original ni profundo, trata de conciliar las varias doctrinas. La incertidumbre que domina en la filosofía, le parece que se encuentra hasta en la geometría, la medicina y en las ciencias físicas; por fin, en la moral siente el sacudimiento dado á las creencias y él mismo quizá le reduce á la sensibilidad, consecuencia natural de no levantar sus miras mas que á la aplicación práctica.

Pero si se burlaba de la estoica severidad de Caton, si en su conducta secundaba un modo de obrar flojo y tolerante, en su filosofía desaprobaba el ateísmo de los epicúreos, como envilecedor de la naturaleza humana, creada para algo mas elevado que los deleites de los sentidos. Es verdad que encuentra muy débiles los argumentos con que los estoicos prueban á Dios; opina que se debe creer en la religion de los padres; pero que la filosofía tiene derecho á investigar las pruebas, de las cuales la que mas fuerza le hace es la unanimidad en los hombres, puesto que reconocía un lazo entre el divino y humano espíritu. Mas hasta la misma religion es para él un expediente social, al cual, sin embargo, debe servir de fundamento una cierta verdad general, que no es bueno dar á conocer al pueblo, pues que solo á la duda conduce. El alma humana es una parte de la divina; se manifiesta mediante su actividad, como la Divinidad, y como ella debería ser inmortal. Tal es la creencia del género humano; pero las penas del Tártaro son cuentos de viejas.

La inclinación práctica lo lleva á sostener el

(1) MERIVALE, op. cit.



libre albedrío; pero diríase que lo mira como una condicion natural que no se diferencia de aquélla por la cual caen los cuerpos graves. No consiente á los estóicos que no haya otro bien mas que el moral, pues debe procurarse un goce moderado; que debe evitarse el dolor porque impide la práctica de la virtud y que esta existe aun en aquel que no es perfecto. Los peripatéticos le parece que dan de la virtud una idea muy tenue, y si ellos hacian existir lo bueno en lo bello, él lo pone en lo honrado.

En política, como Aristóteles, preferia un gobierno mixto (1). Nos ofrece bellas exposiciones y descripciones de las leyes, del derecho, de las relaciones íntimas de este con la honradez y la moral, queriendo deducir la ciencia, no de las doce tablas ó del edicto pretoriano, sino de la naturaleza del hombre. Dice que este es el único que se asemeja á la Divinidad, porque tiene de comun con ella la razon; que como la recta razon constituye la ley, y esta ley es la fuente de la justicia, entre Dios y los hombres hay comunidad de ley y de derecho, debiendo todo el universo considerarse como una ciudad comun de los dioses y los hombres.

Sus obras son ciertamente de las mas apreciadas é insignes que nos ha legado la antigüedad, y gracias á ellas, el genio de este ilustre personaje puede considerarse como connaturalizado en todas partes del mundo civilizado á pesar de las grandes variaciones acontecidas en literatura. No puede casi dudarse (así dijo no há mucho un moderno biógrafo suyo) (2) que desde su edad juvenil amó la que él tenia por causa de la libertad, y que á sostenerla dirigió toda su política cuando se halló en el poder. Á este fin, durante su consulado, procuró unir el orden senatorial y el equestre, para que formasen una fuerte barrera contra la faccion popular, de la cual preveía que por una reaccion natural saldria el monstruoso despotismo. Con este fin tambien, cuando casi toda su orden corria furiosa á la guerra contra César, protestó contra aquella funesta revolucion, temiendo para la República las mismas calamidades, cualquiera que fuere el partido vencedor; pero hasta qué grado estaba dispuesto á sacrificar por la libertad su salvacion, su reputacion y riquezas es otra cuestion. De todos modos la destruccion de la conjuracion de Catilina fué una empresa que requería á lo ménos tanto valor como amor á la patria, y en sus posteriores tentativas para refrenar á los cesáreos capitaneados por Antonio, resplandece un espíritu de noble y heroica resolucion, igual á los mas grandes ejemplos de magnanimidad romana. Veía muy bien que en aquella crisis, perder hubiera sido para él una inevitable

(1) « Quartum quoddam genus reipublice maxime probandum se esse sentio, quod est ex his quae prima dixi, moderatum et permixtum tribus. De rep. I. 29.

(2) HOLLINGS, *The Life of Cicero*, en la *Family Library*. Londres, 1830.

ruina; pero no obstante arroja el dado y no piensa en retroceder, como si de ello debiese seguirse una terrible desesperacion.

Su inmoderada vanidad pudo tal vez incitarlo á la resolucion y constancia cuando quizá su patriotismo, á causa de su natural timidez, se hubiera debilitado y cansado su constancia, por amor á su propia conservacion. Cuando estaban fijos en él los ojos de sus conciudadanos y resonaban en sus oídos sus aplausos; cuando fué llamado al primer puesto de honor y peligro; cuando fué reconocido como alma y cabeza de su partido, contra un enemigo mucho mas terrible que Catilina; encargado de la correspondencia con los capitanes de los ejércitos de las provincias remotas y saludado por ellos como el representante principal de la ofendida majestad de la República, su valor no se mostró inferior á la empresa. Animado por la idea de un triunfo no vaciló en arriesgarse sobre las alturas de Ainano, y la esperanza de la misma recompensa lo hubiera llevado hasta desafiar las saetas de los Partos, si la fortuna lo hubiese llevado á guerrear. Pero cuando se vió obligado á descender de aquella altura y convertirse en súbdito despues de haber sido el principal personaje; cuando, como en la lucha entre César y Pompeyo, no podia mas que insignificamente aumentar la fuerza de uno ú otro partido y que la recompensa hubiera sido proporcionada, volvió á dejarse dominar por su innata debilidad, que habia sido vencida por breve tiempo, por el poderoso estímulo de las alabanzas adquiridas ó esperadas, y volvieron á principiar sus vacilaciones y temores y sus naturales consecuencias, la doblez y el engaño.

En la vida privada hallarémos en él (como hasta cierto grado en todos los hombres mas eminentes, aun cuando se hallen bajo la influencia de los móviles mas sagrados é inspirados por la luz mas divina) una mezcla de virtudes y de vicios, un tejido de colores siempre variantes y encontrados. Fué padre tierno, afable, cortés, benévolo para con sus dependientes, y magistrado íntegro: como marido no puede asegurarse si es mas digno de lástima que de reprehension; en sus diferencias con su hermano mas que haber hecho el agravio manifiesta haberlo sufrido; en la amistad de Alcio fué leal en sumo grado, y por su epistolario se descubre que tuvo familiaridad con los personajes mas eminentes de su tiempo. Con cuánta predileccion favorecia el ingenio, díganlo los versos que la gratitud inspiró á Cátulo, el cual es de creer que no fuese el único á quien benefició. Con la mayor liberalidad estaba abierta su casa á los literatos de todos los países, y sus quintas, por el número y fama de sus huéspedes, se asemejaban muchas veces á las escuelas filosóficas de Atenas. Su propension á halagar á los poderosos, su no disimulada ambicion de aplausos, y uno ó dos casos en que su proceder tiene muchos visos de falta de honradez, forman las prin-

cipales sombras de esta no desfavorable pintura.

La fama que desde muchos siglos rodea su nombre, debe únicamente atribuirse á las facultades de su mente, y solo por ellas la erudicion se complació en investigar los mas pequeños accidentes de su vida; pero un juez imparcial, al tratar de la verdadera naturaleza de su ingenio, diria que fué imitativo ántes que inventivo; mas capaz de vestir con propio lenguaje los ajenos pensamientos que de producir por su fuerza natural conceptos nuevos y originales. Sus obras filosóficas se parecen á un jardín bien cultivado y repartido, cuya vista alegran infinitud de plantas exóticas y fragantes de lejanas tierras, ántes que á una abierta é interminable extension de collados y valles, llena de la indigna munificencia de la naturaleza, mostrando su propia abundancia por medio de una vigorosa y silvestre vegetacion. Su imaginacion no se parece á la de Platon, que continuamente se rebela contra las trabas voluntarias de la lógica, deseosa de elevarse á la mas sublime especulacion; pero sujeta siempre á las riendas de la razon, y sus facultades de investigacion moral parecen dirigirse mas á reducir á práctica principios ya reconocidos que á buscar en los mas oscuros retretes de la verdad moral manantiales de accion hasta entónces desconocidos, ó á descubrir la fuente de las de incierta naturaleza ó de oculto origen. De esto puede atribuirse la culpa en gran parte al carácter predominante en la literatura de aquel tiempo. Casi todo lo que el ingenio mortal podia inventar por via de hipótesis respecto á los fenómenos morales, habia ya sido expuesto en las varias escuelas, pareciendo que la inteligencia humana se inclinaba á reposar sobre lo que ya habia sido hecho, ántes que á aventurarse á nuevas investigaciones. Además, como todos los demas objetos (excepto uno) que han encadenado á su voluntad la atencion de la mente humana, la sublime ciencia de la ética, que por tanto tiempo duró en la estimacion de los antiguos, empezaba ya en aquel á seguir la ley comun de mutabilidad y decadencia.

Es su oratoria, respecto á la de Demóstenes, lo que el grande épico romano respecto al « primer pintor de las memorias antiguas. » Adaptada singularmente á causar efecto ó á persuadir de una elegancia completa, y tocante muchas veces con fuerza irresistible, es sin embargo en su libre y natural poder, como en sus altas y felices osadías, muy inferior á aquella con que el orador ateniense procuraba suscitar la admirada energia de sus conciudadanos contra la insidiosa política del Macedonio opresor. Se trasluce en ella el arte en la modulacion de casi todas las cadencias y en la estructura de cada gradacion y antítesis, y á pesar de todas sus cualidades, el orador romano carece á menudo de la parte mas noble, cual es unir la sencillez de los medios con la belleza del efecto, y deja de cautivar el ánimo de sus lectores por medio

de una fuerza sin alarde. Si por otra parte consigue la perfeccion en la armónica disposicion de las partes, obtiene esta cualidad, tal vez en perjuicio de otra mas importante, pues que la sublimidad, la energia y la concentracion de la expresion, que en las oraciones de Demóstenes hacen tanta fuerza á los afectos, rara vez se encuentran en las de su rival, las cuales reflejando en nuestra imaginacion el carácter de la localidad donde fueron compuestas, descubren que fueron meditadas mas bien bajo los pórticos y susurrantes bosquecillos de Túsculo que entre el ronco bramido de las olas al estrellarse contra las rocas del Pireo, ó entre el tumulto de los rios sobre la playa sónica.

Añádase que los grandes principios á que con tanta frecuencia y fortuna recurrió el orador ateniense, fueron evidentemente ménos apreciados por Ciceron, cuyos hábitos forenses parece separaron algun tanto sus miradas del lado social, y le indujeron continuamente á considerar con relacion á un partido lo que debía mirarse como perteneciente á toda la especie humana. La causa de Atenas, segun la trató Demóstenes, es la causa de la libertad, de la civilizacion, de la humanidad toda; y la voz del orador apela á sentimientos tan universales como los elementos y tan constantes como las leyes que los rigen. Pero para Ciceron la causa de la libertad es con frecuencia la del Senado y la de la aristocracia romana, con cuyo restablecimiento no hubieran sido eximidas de un solo impuesto las provincias que gemian bajo el peso de sus insostenibles exacciones, ni se hubiera detenido un instante la marcha de sus victoriosas legiones, ocupadas en nuevas conquistas. El orador griego tomaba de la historia de su país sublimes imágenes, de que el latino no podia servirse. Las glorias de la época en que Atenas se elevaba como tutora de todos los sanos principios en la memorable lucha con la servil ignorancia y con la violenta tiranía de los monarcas persas, derramaban un continuo brillo en las enérgicas exhortaciones de Demóstenes, y á la mas pequeña evocacion se le agolpaban á la mente las reminiscencias de aquella edad insigne en la historia del mundo. Pero á Ciceron le faltaban estos recursos. Roma habia sido desde el principio la opresora, no la libertadora de las naciones; los que eran sometidos á sus banderas, procuraban imponer el yugo á otros que nunca habian conocido su peso, no separarle del cuello de los oprimidos; y si Ciceron hubiese querido imitar el sublime entusiasmo de su gran maestro, que jura por la memoria de los primeros que se expusieron en la llanura de Maraton, toda la serie de los métricos anales de Roma y los fabulosos libros de los sacerdotes hubieran sido revisados en vano para hallar una sola noticia.

Pero cualquiera que sea el puesto que los diferentes juicios y gustos señalen á Ciceron entre los principales ingenios de la antigüedad, nadie se negará á comprenderle entre los hom-